

Los maestros se levantan para resistir los ataques neoliberales contra la educación

Teachers are rising up to resist neoliberal attacks on education

Henry Giroux(1)

Traducción: Laura Proasi(2)

Resumen

En el clima político actual, las instituciones que nutren al pensamiento crítico se perciben, de manera creciente, como peligrosas y amenazadoras del orden social autoritario. Estas instituciones incluyen a las escuelas públicas y a la educación superior conjuntamente con casi cualquier otra forma de medio progresista.

Como resultado, aquellos que promueven la política e ideología neoliberal han estado trabajando incansablemente para destruir la educación pública y así poder definirla en términos estrictamente económicos. Desde una aproximación instrumental obsesionada con la medicación y la cuantificación, han atentado de manera agresiva para convertir a la educación en un negocio, al cuerpo docente en empleados devaluados y a los

Summary

In the current political climate, institutions that nurture critical thinking are increasingly perceived as dangerous and threatening to the authoritarian social order. These institutions include public schools and higher education along with almost any other form of progressive media.

As a result, those who promote neoliberal politics and ideology have been working tirelessly to destroy public education and thus be able to define it in strictly economic terms. From an instrumental approach obsessed with medicine and quantification, they have aggressively attempted to turn education into a business, the faculty into devalued employees and students into consumers.

estudiantes en consumidores.

Palabras clave: educación pública; neoliberalismo; capitalismo; justicia social; democracia; orden social autoritario

Key Words: public education; neoliberalism; capitalism; social justice; democracy; authoritarian social order

Fecha de Recepción: 02/02/2019
Primera Evaluación: 17/02/2019
Segunda Evaluación: 20/02/2019
Fecha de Aceptación: 15/03/2019

“La gente que cierra los ojos a la realidad invita simplemente a su propia destrucción, y aquel que insista en permanecer en un estado de inocencia una vez que esa inocencia ha muerto, se vuelve un monstruo”.

James Baldwin

Introducción

Hannah Arendt dijo una vez: “El pensamiento en sí mismo es peligroso para todas las creencias, convicciones y opiniones”. En el clima político actual, las instituciones que nutren al pensamiento crítico se perciben, de manera creciente, como peligrosas y amenazadoras del orden social autoritario. Estas instituciones incluyen a las escuelas públicas y a la educación superior conjuntamente con casi cualquier otra forma de medio progresista.

Como resultado, aquellos que promueven la política e ideología neoliberal han estado trabajando incansablemente para destruir la educación pública y así poder definirla en términos estrictamente económicos. Desde una aproximación instrumental obsesionada con la medición y la cuantificación, han atentado de manera agresiva para convertir a la educación en un negocio, al cuerpo docente en empleados devaluados y a los estudiantes en consumidores.

Afortunadamente, los maestros y los estudiantes rechazan participar en la destrucción de la educación estadounidense. La huelga histórica que se inició el 14 de enero, llevada a cabo por 33.000 maestros, en Los Ángeles -el

segundo distrito escolar más grande de la nación-, es la evidencia más reciente de la tendencia -a nivel nacional- de que cada vez más maestros de escuelas públicas y sus estudiantes se sumen a la convocatoria de marchas y huelgas.

Una ola de resistencia contra las estrategias neoliberales para la educación

Esta ola de resistencia emerge para dar cuenta de las estrategias guiadas por el mercado neoliberal para la educación, lo cual, históricamente, ha trascendido la corriente principal de las políticas partidarias. Las reformas llevadas a cabo por el mercado fueron sostenidas desde el gobierno de Reagan pasando por cada uno de los presidentes que se sucedieron y por cada facción política desde los años 70.

El rechazo a promover la relación entre educación y democracia, pensamiento crítico y ciudadanía activa, y el rechazar asimismo la conexión entre educación y cambio social y político, los defensores del neoliberalismo debilitaron el poder de los maestros, han atacado a los sindicatos docentes, han reducido las capacitaciones docentes, y han implementado un ataque, hecho y derecho, contra la imaginación a través de métodos como “enseñar para evaluar”, recortando los fondos para las necesidades más básicas como la escolaridad.

Las escuelas públicas se han transformado en escuelas subvencionadas o sitios que ayudan

a la criminalización de estudiantes negros pobres. No obstante, los líderes neoliberales, buscan quitarle a las escuelas sus potenciales antiautoritarios e igualitarios que les enseñan a sus estudiantes a vivir como ciudadanos críticos e informados en una democracia.

Los maestros huelguistas en Los Ángeles no están luchando sólo por tener clases más reducidas, sino por fondos, por la regulación de las escuelas subvencionadas y por salarios más altos. Incluso luchan por mejores servicios, menos evaluaciones, por enfermeras de jornada completa en cada escuela (el 80% de las escuelas en Los Ángeles no tiene enfermeras), por trabajadores sociales, por más consejeros, bibliotecarios y psicólogos.

En Los Ángeles, los maestros y los estudiantes rechazan la más cruda aseveración neoliberal de que la educación se trata estrictamente de lograr lo práctico, o que debería ser valorada como la mejor inversión económica. Incluso cuestionan cómo el poder político está concentrado en la parte superior de los sistemas educativos y luchan contra la educación formal influenciada por multimillonarios como Eli Broad y Reed Hastings; quienes han gastado la suma, sin precedentes, de 9.7 millones de dólares, en la primavera de 2017, para asegurar la elección de la mayoría pro-privatización que conforma el distrito escolar de Los Ángeles.

La huelga incluso se hace eco de la lucha que están llevando a cabo los docentes contra las grandes

corporaciones y los legisladores de la derecha, quienes trabajan para desfinanciar a la educación pública. Al hacer esto, rechazan los valores de mercado y empresariales como los factores que definen los principios de la educación, y se manifiestan a favor de consideraciones más amplias que se focalizan en la alfabetización cívica, valores populares y pensamiento crítico. Asimismo, rechazan las formas de terrorismo pedagógico que alientan a desvincular a los estudiantes de sus problemas sociales más importantes incluso de la política misma.

Lo que se ha hecho claro para los educadores, en todo el país, es que el neoliberalismo no sólo ha conseguido dominar la economía, sino que también se ha convertido en un principio fundamental de organización para moldear todos los aspectos de la educación.

A nivel de las escuelas públicas, se forma a los estudiantes en la disciplina del lugar de trabajo, en bajas expectativas y matan así la imaginación; a nivel de la educación superior, reemplazan las capacidades críticas formándolos sólo para las carreras y limitando su inclinación a creer en algo más que en ellos mismos.

Nuevamente, a nivel de la educación superior, con una escasa compensación, los auxiliares reemplazan al cuerpo docente titular; los servicios se subcontratan, los salarios de los administradores aumentan y a los estudiantes se los ve sólo como clientes.

La lucha contra el neoliberalismo

tiene que empezar con la lucha por la educación como bien público democrático y el reconocimiento de que la educación es una práctica moral y política que constituye un escollo sobre el conocimiento, las identidades, la acción y sobre una noción particular de futuro.

Si los maestros no tienen control sobre las condiciones de su tarea, si los estudiantes carecen de la habilidad para entender cómo el conocimiento se relaciona con el poder, la moralidad, la responsabilidad social y la justicia, no tendrán el poder ni el lenguaje necesarios para poder sumarse a las formas de lucha colectiva contra los esfuerzos de la sociedad por borrarlos del guión de la democracia. No tendrán lenguaje para reconocer el aumento del autoritarismo en las instituciones del gobierno de la sociedad y ni en sus propios valores.

Si los conservadores ven a la pedagogía como transmisión de habilidades muertas, los maestros huelguistas ven a la pedagogía como la base donde los estudiantes aprenden cómo se relaciona el conocimiento con el poder y cuestiones de definiciones personales con lo básico para intervenir en el mundo.

Los maestros de escuelas públicas y los cuerpos docentes pertenecientes a educación superior se niegan a ser cómplices de las instituciones educativas que insisten en la importancia del entrenamiento y en las formas obsoletas de enseñar en una coyuntura de violencia generalizada.

Esto es un punto nodal -los maestros

de todo el país están empezando a entender y a actuar en consecuencia-. Estos maestros no sólo ven a la educación como profundamente política, sino que también la ven como forma de resistencia organizada.

Los sepultureros de la democracia venían trabajando desde mucho tiempo antes de que apareciera Donald Trump. Las fuerzas extremistas del partido Republicano, los multimillonarios de derecha, la élite financiera, los medios conservadores, nativistas, racistas y evangélicos de derecha han hecho todo lo posible para consolidar el control de las instituciones que gobiernan la vida de los Estados Unidos, con el propósito de poder destruir el estado de derecho y para quitar del medio cuestiones relacionadas con la libertad y el poder político que tienen que ver con las tradiciones democráticas de igualdad y consenso popular.

Ni el ascenso de Trump ni el surgimiento del populismo de derecha se dieron en el vacío. Trump ideó un proyecto neoliberal de larga duración respaldado por la cultura antidemocrática en formación, en la cual se han utilizado las instituciones educativas para moldear identidades basadas en el mercado: formas de gobernar y sujetos colectivos ligados por la idea de que no hay alternativa para un orden capitalista pernicioso e injusto.

En respuesta a este argumento, el bloguero radical Mark Fisher planteó la categoría "realismo capitalista". Como lo explica en su libro, con esta categoría

describe que “el sentido que se ha generalizado no es solamente que el capitalismo es el único sistema político y económico viable, sino que también hoy es imposible incluso imaginar una alternativa coherente”.

Para Fisher, el realismo capitalista no funcionó tanto como una forma cruda de cuasi-propaganda,

sino como una máquina pedagógica, social y cultural que produce “una atmósfera penetrante, condicionando no solamente a la producción de cultura, sino también la regulación del trabajo y la educación, y actuando como una suerte de barrera invisible, obligando al pensamiento y a la acción”.

El neoliberalismo, escondido detrás de un anonimato incuestionable, aparece no tanto como una ideología sino más bien como una racionalidad que, por defecto, rechaza de plano cualquier indagación sobre gobernar toda la vida social. La lógica despiadada de la globalización intenta hacer invisible su propio poder mientras que convierte a la gente en prisionera de las privatizaciones, del trato como mercancías; una oda cerceñante al egoísmo y al hiper individualismo.

La normalización de la ideología neoliberal

Como la ideología neoliberal, los valores y las relaciones sociales se normalizan, se vuelven más exitosas y difíciles de nombrar, comprender y desafiar. Por ejemplo, mientras que cada vez más y más gente se subleva en este momento histórico contra el proyecto

distópico, la ideología neoliberal, los elementos de la política fascista surgen para contener, distraer y engañar la ira que se ha materializado producto de los reclamos contra el gobierno, las élites de privilegio y las dificultades masivas del capitalismo neoliberal.

En este caso, el realismo capitalista ha reivindicado, especialmente entre los seguidores de Trump, una mezcla de fe ignorante y un cansancio puro que han llevado a la necesidad de soluciones simplistas y a un tirano que promete “solucionar” los problemas que hechizaron esta época.

Por ejemplo, Trump alimenta un populismo racista, antidemocrático, autoritario en su llamado a construir un muro en la frontera sur. Lo hace reavivando el miedo. Durante los últimos dos años, ha equiparado la cultura de los inmigrantes con la cultura del delito, argumentando que los trabajadores indocumentados presentan la principal amenaza de terrorismo en los Estados Unidos; y expresó que constituyen una crisis humanitaria.

Lo que él no quiere entender es que, más que una amenaza, muchos inmigrantes en la frontera sur intentan buscar asilo. Al mismo tiempo y sin ironías, Trump reclamó en su discurso, desde la oficina oval, que el muro que propuso es, de alguna u otra manera, una prioridad humanitaria.

Como señala John Cassidy en *The New Yorker*, Trump intentó encuadrar al muro como “una solución a una crisis humanitaria en la frontera sur, más que

lo que en realidad es y lo que ha venido siendo: el santo grial de un movimiento político nativista que él ha alimentado y fomentado cada vez que bajó de la escalera mecánica de la Torre Trump”.

Trump ha utilizado, tanto en la campaña como en la presidencia, el lenguaje de la contaminación para describir a la gente de color como “mafiosos”, “violadores” y “asesinos”. El sufrimiento humano no es algo que él quiera detener; es algo que él produce en masa en una cantidad de frentes, tanto locales como extranjeros. El neoliberalismo hace pie y crece en el poder que tiene para distraer. Los medios de comunicación dominante apoyan esta estrategia de distracción focalizándose en los planteos cambiantes de Trump de que si el muro se construye de hormigón o de acero.

Lo que no está entre estos argumentos, como señala Sam Fulwood de ThinkProgress, es que “el muro es simbólico. Existe solamente con el propósito de permitirle al Presidente un flujo continuo y constante de racismo, xenofobia y para sembrar el miedo anti-inmigrante”.

El propio racismo de Trump no sólo es evidente en su demonización de la gente de color, inmigrantes y otros grupos marginados, es también obvio en su silencio con relación a las expresiones racistas que hizo el representante Steve King en una entrevista que le realizaron en el New York Times, en la cual dijo: “Nacionalistas blancos, supremacía blanca, civilización occidental -¿cómo se pudo convertir en ofensivo este

lenguaje? Entonces, ¿por qué me senté en clases donde me enseñaron sobre los méritos de nuestra historia y de nuestra civilización?”

Andrew Anglin, el fundador de la publicación neo-nazi The Daily Stormer, se refirió a King: “Básicamente, a esta altura de la cuestión, es un nacionalista blanco”.

Mientras algunos miembros del Partido Republicano han condenado rotundamente a King por sus comentarios, fallaron en realizar la misma crítica tanto a Trump como a sus leyes; leyes que van desde la supresión del votante hasta apoyar leyes fronterizas crueles y repulsivas moralmente. Cuando se le preguntó a Trump sobre los dichos racistas de King, en el jardín del ala sur de la Casa Blanca, contestó rotundamente: “Yo no – Yo no lo he escuchado. De verdad que no”. A pesar de que los dichos de King estuvieron presentes en todas las noticias.

Todo ese tiempo, Trump continuó haciendo comentarios racistas sobre trabajadores indocumentados. Por ejemplo, como puntualizó la periodista de CNN Maegan Vázquez, en medio del caso King: “Trump aludió abiertamente a la columna nacionalista blanca escrita por Pat Buchanan, el Director de Comunicaciones del presidente Ronald Reagan”. Buchanan escribió: “Cuanto más multiracial, multiétnico, multicultural, multilingüe se vuelve Estados Unidos -menos se parece a los Estados Unidos de Ronald Reagan- se volverá entonces cada vez más dependiente de los

demócratas”. El Partido Demócrata es hostil hacia los blancos porque cuando su número se achica, más rápido heredan el Estado Nacional”.

Esto no es más que el fascismo neoliberal adoptando el discurso de la supremacía blanca y de los ultranacionalistas, mientras que, a veces, se esconden detrás del lenguaje del humanitarismo y de los derechos humanos.

La inclinación de un gran segmento de público estadounidense de sucumbir a lo que Trump apoya y que Wendy Brown llama “fomento del nacionalismo, racismo, xenofobia y deseos de un gobierno autoritario” hunde sus raíces en la cultura neoliberal de desintegración social. En este contexto, la razón neoliberal esconde los efectos de su economía racista y tóxica, los acuerdos sociales y políticos dentro de una forma de realismo capitalista que destruye cualquier esperanza de reclamar un proyecto democrático definido para empoderar lógicas de libertad, igualdad y gobierno autónomo.

Cualquier tipo de resistencia al capitalismo neoliberal debe comprometer a la educación en pos de desafiar el sentido común neoliberal

Lo que Fisher entendió inteligentemente fue que cualquier resistencia al capitalismo neoliberal tendrá que comprometer a la educación en pos de desafiar al sentido común neoliberal y a los aparatos pedagógicos que produce.

Tomando el trabajo de Antonio Gramsci, de Raymond Williams, C. Wright Mills y otros, Fisher plantea esta cuestión ampliando el significado de la educación más allá de la noción de sistema educativo establecido; señalando a la cultura popular, a las artes, a la ciencia, al cine, al periodismo, a las redes sociales y a otros sitios de producción cultural como los lentes para poder imaginar tanto una alternativa al capitalismo global como para movilizar formas individuales y colectivas de resistencia.

En este sentido, para que la cultura, si no la mismísima idea de populismo, se convierta en un lugar de lucha más que en un terreno exclusivamente propicio para que se asiente la dominación.

En la situación actual, como observa Chantal Mouffe, es crucial deshacerse de la idea de que el populismo es simplemente otra forma de demagogia.

Por el contrario, escribe: “Es una forma de hacer política que puede tomar varias formas, dependiendo de los períodos y de los lugares. Aparece cuando alguien aspira a construir una nueva

idea de acción colectiva -el pueblo-capaz de reconfigurar el orden social vivido como injusto”, y con la necesidad de la defensa de la libertad, de la justicia social y de la igualdad.

¿Qué significa desafiar las suposiciones pedagógicas que conforman el neoliberalismo? ¿Dónde tomarán cuerpo esas luchas? ¿Qué forma tomará el lenguaje de la crítica y

cómo será la esperanza si es para atender a la vida diaria de la gente que está atrapada en el control del sentido común neoliberal?

El neoliberalismo ha creado una crisis de gobernabilidad, representación y resistencia, y todos esos elementos deben abordarse en términos de cómo funcionan en un orden neoliberal para destruir a la democracia y qué es lo que significaría desarrollar un lenguaje y una forma de análisis capaces de repensar estas cuestiones como parte de una comprensión de la política y sus luchas colectivas.

Además debemos preguntarnos cómo el ala derecha y los políticos demagogos fueron capaces de colonizar las aspiraciones populistas para recuperar el control sobre los procesos políticos y por qué falló la izquierda. Culpar a todos los seguidores de Trump es fallar en una estrategia política.

Una estrategia política efectiva debe involucrar el reclamo de la promesa de una democracia radical.

En el proceso, debemos exponer cómo está siendo atacada y destruida la idea de democracia radical en un orden neoliberal donde todo está privatizado, mercantilizado, desregulado y organizado como parte de la cultura del comercio, sujeto a las órdenes del capital financiero.

Este gran desafío requerirá desarrollar formas de educación y análisis críticos que analicen cómo la élite dominante utiliza su poder para explotar, excluir, deshumanizar y destruir cualquier forma viable de acción crítica.

Se ponen en duda los métodos a través de los cuales el estado, las corporaciones y la élite financiera usan su poder para quitarle a la gente las necesidades básicas como la atención médica, el transporte público, la educación gratuita de calidad, la vivienda, el salario digno, un ambiente saludable y otros servicios que les permitan expandir sus capacidades como personas críticamente comprometidas y como portavoces alegres.

Esto nos plantea más preguntas sobre cómo el neoliberalismo -disfrazado de "orden liberal" - se convierte en incubadora del ascenso de Trump y de la versión contemporánea de la política fascista.

Hay mucho más trabajo que hacer que entender por qué falló el liberalismo para abordar la cuestión de la desigualdad en términos de bienestar y poder. El escritor Pankaj Mishra considera esta cuestión en su crítica al orden liberal establecido. Escribe: "La respuesta obvia es que el muy amado orden liberal fue la incubadora del Trumpismo y de otros autoritarismos. Empezó con subordinar a la gente al mercado, reemplazando los lazos sociales con relaciones de mercado y codicia santificada. Propagó el ethos de la autonomía individual y de la responsabilidad personal, mientras que las exigencias del mercado hacían imposible que la gente se salvara y planeara para el futuro. Los agobió con deudas crónicas y los convirtió en jugadores dentro del mercado cambiario. Se suponía que el capitalismo liberal acogería a la clase media y alentaría

los valores burgueses de sobriedad y prudencia con virtudes democráticas de responsabilidad. Logró lo contrario: la creación del precariado sin perspectivas a largo plazo, peligrosamente vulnerable a los demagogos que les prometen la luna. Un liberalismo descontrolado, en otras palabras, que prepara el terreno para su propia muerte.

Siguiendo los comentarios de Mishra, es crucial repensar cómo las instituciones capitalistas limitan

la acción humana conjuntamente con la capacidad crítica que tiene mucha gente de imaginar lo inimaginable, como parte de la lucha colectiva, en pos de un futuro democrático.

Esto nos sugeriría desafiar a los regímenes neoliberales de disciplina, control y conformidad con un discurso pedagógico en donde se haga claro que los derechos personales y políticos tienen que coincidir con los derechos sociales y económicos para que cualquier democracia pueda funcionar.

Necesitamos atar la lucha, por la economía y la justicia social, a nuevas configuraciones de poder y a nuevas formas de entendimiento para ser capaces de reconocer y utilizar el poder en pos de construir una sociedad socialista democrática.

Cualquier idea política viable tiene que considerar el trabajar a través de una variedad de aparatos culturales para activar la imaginación pública con voluntad de pelear por las instituciones y los bienes comunes, capaces de revitalizar los lazos sociales, la

responsabilidad social y la capacidad de generar experiencias que vayan más allá de las ideas estrechas del individualismo y el egoísmo que se celebran en la forma neoliberal de ver la vida.

Es una cuestión tanto política como pedagógica imaginar un futuro en el cual las necesidades humanas estén antes que las consideraciones del mercado, mostrando a las claras cómo el capitalismo, con la concentración del bienestar y el poder en unas pocas manos, produce modos de desigualdad y miseria humana.

No van a surgir portavoces y formas de resistencias necesarias para derrotar al capitalismo y construir un orden socialista democrático sin la producción de una cultura formativa que provea conocimiento, ideas, valores y relaciones sociales centrales para formar ciudadanos comprometidos.

Los lugares de lucha incluyen la escuela pública, la educación superior, las artes, los servicios sociales, las redes sociales, las instituciones religiosas, y otros espacios de producción cultural capaces de canalizar el trabajo de intelectuales públicos. Está en juego el desafío de los trabajadores culturales en poder reconocer la complejidad de los problemas que produce el capitalismo, para escribir y contarle a la gente, en una narrativa que pueda comprender y con la que puedan identificarse, y para atender a lo que significa producir conocimiento, imágenes e ideas críticas y emancipatorias.

Cosntruyendo una Pedagogía de “Iluminación profana”

Aquí está en juego también otro desafío pedagógico enraizado en la necesidad de convertir al sentido común en lo que Walter Benjamin llamó una vez “iluminación profana”, un proceso en el cual los supuestos dominantes del bien común de la hegemonía capitalista están sujetos a los procesos de desnaturalización, análisis crítico y a la sacudida de nuevas formas de reconocimiento. Es una práctica para hacer lo conocido desconocido, tratándolo como una fuente de sorpresa.

Tal proyecto es imperativo si la tarea pedagógica de crear conciencia tiene que ser exitosa en desafiar al arma más poderosa del neoliberalismo -la afirmación de que su cosmovisión es obvia y que cualquier análisis de dicha cosmovisión es irrelevante- Esto es particularmente importante bajo un régimen de neoliberalismo en el cual lo público colapsa en lo privado, y se quitan las experiencias personales del ámbito de las fuerzas sociales más amplias. En palabras de Nicholas Gane y Les Back: “De este modo, se convierte la incertidumbre social en una falla personal; la cual está divorciada de cualquier causa o solución colectiva”.

Además de utilizar la idea “iluminación profana” de Benjamin, una cultura política radical debe insistir en que el pensamiento racional no es suficiente. La izquierda y otros grupos progresistas necesitan además una nueva forma de pensar sobre la miseria y el sufrimiento que enfrenta

mucha gente. Ese tipo de pensamiento debe ser sensible para poder rechazar cualquier insinuación de justificación moral y de postura colonizadora que predique el evangelio a las poblaciones vulnerables. A los desposeídos no se les deben negar las herramientas y los espacios para narrar sus propias historias.

Tenemos que considerar un conjunto de herramientas y plataformas y desenmascarar la forma en que el poder dominante opera e impacta sobre la vida de las personas.

Al mismo tiempo, estas herramientas deben hacer justicia a las experiencias cotidianas, a los eventos, emociones, modos de identificación e inversiones que la gente vive diariamente.

La práctica de la pedagogía radical debería tomar la idea de C. Wright Mills en *The Sociological Imagination* (La imaginación sociológica), en el cual hace un llamado a los trabajadores intelectuales y culturales a escribir, hablar y a actuar de maneras que posibiliten conexiones entre los problemas privados y las cuestiones públicas, estructuras sistémicas y la producción de modos particulares de acción. Esto sugiere un ejercicio pedagógico al servicio de la recuperación y el diálogo, entrar en política, al lenguaje y a una forma de pensar que se comprometa totalmente con los hechos diarios -lo que Tracy K. Smith describe como: “vulnerabilidades y experiencias duras de vida de quienes habitan cuerpos frágiles”.

Para desafiar al lenguaje objetivante

de contaminación y desecho es central desarrollar una forma alternativa de hablar, conocer y pensar, como lo puntualiza Smith: “El lenguaje se convierte en algo con sentido, un terreno a ser cruzado... una posibilidad dúctil y cambiante. Capaz de llegar a una audiencia diversa”. Esto es muy diferente de la prosa pomposa y a la descorporización del lenguaje que utilizan muchos académicos; un lenguaje que es abstracto y que funciona como lo describe Rob Nixon en *Slow Violence and the Environmentalism of the Poor* (Violencia lenta y el ambientalismo del pobre) como “prosa muerta”, incapaz de llegar a la gente; cuestión que podría ser central para el desarrollo de un populismo de izquierda.

El discurso más actual funciona como forma de camuflaje virtual, creando barreras entre las universidades y su misión pública. Este tipo de jerga a menudo previene a los académicos de convertirse en cruzadores de fronteras, moverse fuera de sus disciplinas, y alcanzar diferentes formas mediáticas para poder meterse en un terreno pedagógico, de alto riesgo, de persuasión y creencia en pos de cambiar las formas en que la gente ve las cosas. La prosa arcaica y las ideas reduccionistas de profesionalismo también operan para evitar que el pensamiento duro y los estudios rigurosos se hagan relevantes para poder abordar los problemas sociales acuciantes y alcance a una variedad más grande de público.

Dylan Moore aparece para recordarnos que “la primera víctima del totalitarismo son aquellas mentes que se oponen a

él”. Lo cual sugiere lo más importante: la necesidad de académicos, escritores, periodistas, artistas y otros que conecten su trabajo con la gente y para que pongan en evidencia las mentiras, el poder, y la cosificación de la política de desechabilidad y contaminación”.

Es crucial propiciar que el lenguaje sea accesible y preciso para poder abordar los problemas sociales concretos de un número mayor de personas y si los trabajadores culturales, en distintos espacios, están para hacer frente a la crisis de representación y a la acción, cuestión central del autoritarismo neoliberal.

Para poder reavivar esa conciencia pública, las armas simbólicas de persuasión, pasión y creencias deben estar integradas a las políticas de reconocimiento e identificación en las cuales la gente no sólo pueda pensar críticamente, sino que también pueda apasionarse y energizarse con la capacidad que tienen de poder cambiar el mundo en el que se encuentran.

La izquierda necesita un lenguaje político lleno de compromiso moral profundo con la democracia, con la igualdad y la justicia, especialmente en un momento donde la violencia, la corrupción y la anarquía se normalizaron, abriéndole así la puerta al surgimiento de políticas fascistas en los Estados Unidos.

La cuestión de cómo se puede motivar a los estadounidenses comunes para que autoreflexionen y se movilicen por los valores democráticos, al mismo tiempo que acepten relaciones marcadas por las responsabilidades compartidas empieza

con un lenguaje que puede movilizarlos emocionalmente para analizar sus problemas y su relación con fuerzas sociales más amplias.

Una de las tareas de ese lenguaje es despertar la capacidad de la gente para alinearse con identidades colectivas paradas sobre lazos comunitarios, desarrollando compasión por otros e identificándose con el bien público.

Ese lenguaje tiene que venir a reemplazar al miedo legitimado por el estado con la idea radical de lo que Ronald Aronson describe en su libro *We: Reviving Social Hope* (Nosotros: Reviviendo la esperanza social) como “esperanza social”, una esperanza que mueve a la gente no a imaginar un futuro diferente, sino a actuar individual y colectivamente en él.

La crisis actual de gobernabilidad, representación, valores y lenguaje demandan un cambio discursivo que pueda convocar tanto a la pregunta y que derrote a la cultura formativa y al andamiaje ideológico a través del cual se reproduce el capitalismo neoliberal salvaje.

La cultura se ha convertido en una zona de guerra; bajo Trump se ha militarizado y comercializado agresivamente. Como la cultura cívica colapsa, la crisis de la democracia en Estados Unidos crece, el poder está más concentrado en manos de las élites dominantes y el capitalismo casino toma esteroides.

Trump cerró el gobierno, y los principales medios masivos de comunicación se focalizan en las

discusiones por el muro, por la lucha interna entre los republicanos y la toma de la Cámara de Representantes por parte de los demócratas. Mientras tanto, no se dice nada sobre la desigualdad económica, sobre un gobierno manejado por multimillonarios, sobre el poder corporativo sin restricciones y un presupuesto militar tan grande como poco ético.

El ataque actual al cuerpo político por las privatizaciones, el crecimiento económico y desregulado, camuflado como progreso, avanza a una velocidad vertiginosa mientras destruye el planeta.

Lo hace de la misma manera que se destruyó a la memoria histórica; y el tejido social se puso en riesgo en términos de racismo, nacionalismo blanco, represión y censura. El espacio entre crisis y catástrofe es más estrecho y tiene consecuencias terribles para el futuro.

Desde los años 80, y particularmente bajo el régimen de Trump, se logró una formación política nueva que repite los horrores del pasado fascista y la aviva una retórica tóxica de desecho y contaminación.

Los mecanismos del poder y de la ideología, a través de los cuales emergen las reivindicaciones de las políticas fascistas, tienen que desafiarse con un lenguaje que conecte capitalismo y explotación humana, exclusión y destrucción del planeta. Lo crucial para la tarea de presionar por la justicia social y económica es la necesidad de dejar en claro que capitalismo y democracia no

son sinónimos.

Tenemos que revertir la afirmación neoliberal de que la política y la democracia son los enemigos de la libertad. Además, cualquier idea de resistencia debe repensar el proceso de democratización como una cuestión de cambio sistémico fundamental que aborde una reestructuración radical de la sociedad.

Las historias que cuenta una sociedad sobre ella misma se miden por cómo valora a la democracia y su futuro.

Los problemas arraigados del capitalismo son muy graves, no tienen fin y son muy destructivos como para darles un abordaje simplista. Sólo un movimiento de masas anticapitalista y fuerte puede desafiarlos. Como plantea Fisher en su libro *Capitalist Realism (Realismo Capitalista)*, los estadounidenses están en un “paisaje contaminado de escombros ideológicos”, y en respuesta a eso, debemos presentar, más que una reacción contra él, un rival efectivo al capitalismo.

Bajo el gobierno del neoliberalismo, la represión ideológica trabaja con cautela a través de formas de analfabetismo producido por cajas de resonancia de la derecha y otros aparatos culturales que trabajan agresivamente para despolitizar a la gente y hacerlos cómplices de su propia opresión.

Finalmente se trata de fulminar los vínculos cívicos, deteriorar la vida pública e imposibilitar cualquier idea de ciudadanía compartida; todo lo cual incentiva a la política fascista.

Los defensores de la democracia radical tienen que argumentar con mucha energía y pasión que la “libertad” en el capitalismo no tiene nada que ver con la democracia y que tiene mucho más que ver con atrapar a millones en una telaraña de limitaciones ideológicas reduccionistas y estrictas.

Para empezar, la ideología neoliberal, la pedagogía pública y su ataque a las instituciones democráticas pueden desafiarse también; en parte combinando la tarea de Benjamin de “iluminación profana” y rigor analítico con lo que A.K. Thompson llama “premoniciones”; lo cual implica la necesidad de realizar acciones aisladas con mayor cantidad de conexiones que nos permitan pensar en términos de una política comprensiva e idea de totalidad. Thompson es muy valioso en la repetición de esta cuestión. Escribe: “Las premoniciones son similares a las iluminaciones y reflexiones en que, como formas de razonamiento extrapolativo, revelan cómo una cosa o una acción pueden alertarnos sobre un proceso social más amplio del cual deriva”. La mayor diferencia es que, considerando que los conceptos de Benjamin ponen énfasis en la resolución de tensiones acumuladas, las “premoniciones” dirigen nuestra atención hacia el futuro, lo que hará que las dinámicas actuales queden inalteradas.

Si la izquierda y otros sectores progresistas piensan construir sobre las fallas del neoliberalismo y crear así una nueva coalición de portavoces políticos, necesitamos un lenguaje nuevo, una historia política y una comprensión tal de

la política que pueda imaginar un nuevo orden socialista democrático y luchar por él.

Esto significa ir más allá de la idea reduccionista de que sólo el capitalismo puede comprenderse como sistema económico.

La crisis económica que produce el neoliberalismo ha sido vinculada a la crisis de las ideas. Esto nos sugiere que en el corazón del capitalismo neoliberal y sus políticas fascistas se trata de una crisis de representación, acción y memoria. En parte, esta crisis se resume con la frase, atribuída tanto a Fredrick Jameson como a Slavoj Žižek que plantea: “Es más fácil imaginar el fin del mundo que imaginar el fin del capitalismo”. Esta valoración distópica nos desafía a redefinir y a repensar las políticas que la producen. Lo cual requiere no sólo interrogar a la crisis actual del fascismo neoliberal, sino también pensar sobre la promesa de una democracia radical.

En el centro de cualquier teoría viable de resistencia está la necesidad de desarrollar un lenguaje de crítica que haga visible la narrativa indiscutida del neoliberalismo sobre cómo las relaciones de mercado deben regir la vida social.

Necesitamos un lenguaje que exponga la celebración del neoliberalismo en términos de individualismo descorporizado, la colocación del ethos de la competición como idea nacional, y además su guerra contra el estado de bienestar, el medioambiente y los lazos sociales. Esta narrativa antidemocrática no puede borrarse de nuestra lucha

política. Tenemos que crear nuevos relatos que sean integrales y vayan acordes a cómo imaginamos nuestra sociedad; permitiendo que nos abramos más a que nos cerremos al futuro.

El abolicionista Frederick Douglass entendió la necesidad de relatos que vayan más allá de la reforma, relatos que inspiren a la gente a pensar y a actuar por fuera de la vieja política. Sus palabras son tan relevantes hoy como lo fueron cuando las escribió.

Le hablaba a una generación joven, maestros, educadores y progresistas que rechazaban soñar el futuro dentro de los límites opresivos del presente. Douglass escribió: “No es luz lo que se necesita, sino fuego; no se necesita una llovizna suave, sino el trueno. Necesitamos la tormenta, el vendaval, el terremoto. Tiene que darse cita ya el sentimiento de nación; tiene que despertarse la conciencia de nación; la honestidad de la nación debe sobresaltarse; la hipocresía de la nación debe ser expuesta; y deben anunciarse y denunciarse sus crímenes contra Dios y el hombre”.

Gramsci remarcó en Cuadernos de la Cárcel que: “La crisis consiste precisamente en el hecho de que lo viejo está muriendo y lo nuevo no puede nacer; en ese interregno, han llegado una gran variedad de síntomas mórbidos”.

Lo que sí es claro es que esos síntomas mórbidos llegaron para quedarse, pero al mismo tiempo al producir desesperanza, presentan también desafíos nuevos y la oportunidad para luchas revitalizadas.

Los relatos que cuenta una sociedad

sobre sí misma son la medida de cómo esa sociedad valora la democracia y su futuro. Ha llegado el momento de relatos que hagan resurgir la memoria pública, las experiencias diarias, las conexiones públicas, y el espacio donde el horizonte de posibilidad se conecte con puntos de observación y movimientos sociales amplios. No tenemos tiempo que perder.

Notas

1. Teachers are rising up to resist neoliberal attacks on education. Truthout /News Analysis. May 10, 2016 <https://truthout.org/articles/teachers-are-rising-up-to-resist-neoliberal-attacks-on-education/>

2. Especialista en Docencia Universitaria-UNMDP. Maestranda en Práctica Docente (UNR). Profesora y Licenciada en Historia por la Universidad Nacional de Mar del Plata. Profesora Adjunta en la asignatura Problemática Educativa y Taller de Aprendizaje Científico y Académico. Departamento de Ciencias de la Educación. Facultad de Humanidades. UNMDP. Es miembro del Grupo de Investigaciones en Educación y Estudios Culturales (GIEEC) y de CIMED (Centro de Investigaciones Multidisciplinares en Educación). Secretaria de la Revista de Educación (UNMdP) Email: lauraproasi@gmail.com